

nan supone que hubo dos épocas en la predicación evangélica: una, la primera, en que Jesús era el moralista exquisito y risueño que la humanidad admirará siempre; otra, en que lo compara á un gigante sombrío, á quien una especie de presentimiento grandioso arrojaba más y más fuera de la naturaleza. Esta justificación es una de esas hipótesis con que Mr. Renan suple la realidad, y que hacen de la *Vida de Jesús* una novela más entretenida que los Evangelios, pero no ménos increíble. Los rasgos de este espiritualismo insensato abundan en los evangelistas. Traspasando todos los límites, Cristo osaba decir: "¿Si alguno quiere ser mi discípulo, que renuncie á sí propio y me siga! El que ama á su padre y á su madre más que á mí, no es digno de mí; el que ama á su hijo ó á su hija más que á mí, no es digno de mí.", Jesús dice á un hombre: "Sígueme.", "Señor, le responde éste, déjame ir ántes á enterrar mi padre.", Jesús contesta: "Deja á los muertos enterrar sus muertos; tú vente y anuncia el reino de Dios.", Otro le dice: "Yo te seguiría, Señor, pero déjame ir ántes á poner en orden los negocios de mi casa.", Jesús le responde: "El que echa mano al arado y mira tras de sí no está hecho para el reino de Dios.", Este "reto á la naturaleza," como lo llama Mr. Renan, ¿es por ventura uno de los rasgos de la religión absoluta, definitiva, de la humanidad? (1).

Y no se puede decir ya que se trata aquí de cosas secundarias que no alteran la perfección del conjunto. No es ya cuestión de demonios y exorcismos; no son tampoco preocupaciones populares las que ahora se examinan; nada hay más esencial en la religión que el concepto de la vida y de nuestro destino. Pues bien, póngase la predicación evangélica enfrente de los sentimientos de la humanidad, y dígase de qué lado está, no la verdad absoluta, sino la verdad tal como el espíritu humano puede concebirla. El cristianismo enseña que nuestra vida sobre esta tierra no es más que un paso, que no es nada por sí misma, que el término del viaje está *después de ella*, que aquí *esperamos*. Cosa completamente verdadera, si quiere darse á entender que nuestra existencia no está limitada á este mundo, que nuestra vida actual no es más que un momento de una existencia que no tendrá fin. Pero nada más falso si se cree que hay un abismo

(1) RENAN, *Vie de Jésus*, p. 312-314.

entre la vida terrestre y la vida futura, entre este mundo y el otro. En este caso, la religión se convierte en una religión del otro mundo; se desatenden y áun se desprecian todas las preocupaciones de éste, hasta las más legítimas; queda profundamente viciada la concepción de nuestro destino. Ahora bien, tal es sin duda alguna el cristianismo de Jesucristo. Oigamos al protestantismo liberal hablar por uno de sus órganos:

"Jesús vivía casi indiferente á la vida, soberanamente distraído, extraño á la mayor parte de las cosas, usando de ellas como si no usase, desprendido casi de todo y de todos. El otro mundo es el que le interesa sólo. Esperaba nuevos cielos y una nueva tierra. ¿Dónde estará este otro mundo? En esa bóveda azulada de donde nos vienen la luz fecunda del día y la tranquila claridad de las noches. La tierra es un lugar de destierro; el cielo es nuestra patria verdadera. Allí es donde está nuestro Padre; allí va el espíritu después de esta vida; los hombres son ciudadanos del cielo; la humanidad debe formar una república celeste, cuya capital es una Jerusalén celestial, la ciudad de Dios." (1).

Esta doctrina ha tenido un eco inmenso; lleva derecho á los excesos y locuras del monaquismo; lo hemos probado ya en otra ocasión (2). Pero hagámonos cargo todavía de algunas afirmaciones que hacen los que dicen que el cristianismo de Jesús es la religión absoluta, definitiva, de la humanidad. ¿Cuál es, después de la familia, la base de las sociedades modernas y áun de toda sociedad? La propiedad, el desarrollo de la riqueza, que es un medio solo, pero un medio esencial sin el que no habría civilización posible. Hay que evitar, sin duda, que la preocupación de la riqueza y de los gozos que procura se conviertan en fin de la vida. Nada más cierto; pero ¿es esta la enseñanza de Jesús? Vuélvase á leer la parábola de Lázaro. El pobre va al cielo, el rico á los infiernos. Se pretende que es la parábola del mal rico. No, dice M. Renan, es pura y simplemente la parábola del rico. Está en el infierno porque fué rico, porque no dió sus bienes á los pobres, porque comía bien mientras otros comían mal á su puerta. La riqueza, como tal, es lo que Jesús reprueba y sobre lo que pre-

(1) FERMAUD, *les Origines du Christianisme (Le Disciple de Jésus-Christ)*, revue du protestantisme au dix-neuvième siècle, 1867, t. I, p. 188, 189.

(2) Véase mi *Estudio sobre el Cristianismo*.

dica con ejemplos. Á los que buscan las riquezas les lanza esta terrible declaración: "Es más fácil que pase un cable (a) por el hueco de una aguja, que el que entre un rico en el reino de Dios." (1). ¿Para quién, pues, estará hecho el reino de Dios en nuestras sociedades modernas?

Después de esto, M. Renan dice que la moral evangélica es la más alta creación que ha brotado de la conciencia humana, el código más hermoso de la vida perfecta trazado por moralista alguno (2). Y ¿son quizás artículos de este código el desden de la familia y la reprobación de las riquezas? En tal caso, hay que confesar que la humanidad ha decaído profundamente. No, ha dejado atrás al cristianismo de Jesucristo; esa es la verdad real. Los protestantes avanzados, áun aquellos que son ortodoxos á medias, dicen que el cristianismo debe dejar de ser eclesiástico, es decir, una religión del otro mundo, para convertirse en una religión civil, social, política. Estamos de acuerdo. Pero ¿será ésta la religión de Jesús? Muéstrenos en la predicación evangélica nuestros principios de libertad, su primer germen á lo ménos. Ni áun siquiera una palabra se encuentra allí que condene la esclavitud: hállese más bien preceptos que conducen á aceptarla, como son la humildad, el perdón de las injurias, el sacrificio, virtudes todas que llevan á la inacción; no figura una sola que impulse al mejoramiento de las instituciones sociales. Y ¿cómo habría podido ser de otro modo? Cristo y sus discípulos estaban profundamente convencidos de que el fin del mundo era inminente. ¿Se piensa acaso en construir cuando amenaza ya el terremoto que ha de abismar todo, obreros, propietarios y edificios? Jesucristo ignora la libertad. Más áun: si se tomasen sus máximas de perfección al pié de la letra, sería imposible fundar ó sostener una sociedad cualquiera. ¿Puede haber un Estado sin justicia? Pues bien; que se ensaye establecerla con máximas como ésta: "Si alguien te hiere en la mejilla derecha, preséntale la izquierda. Si alguien te disputa la túnica, abandónale tu capa." M. Renan llama á esto excesos (3). Y ¿son excesos los que constituyen la perfección?

(a) No un camello, como se dice generalmente, siguiendo una traducción errónea. —(N. del T.)

(1) RENAN, *Vie de Jésus*, p. 174, 175.

(2) RENAN, *Vie de Jésus*, p. 84.

(3) RENAN, *Vie de Jésus*, p. 82.

Strauss, que ha tomado la iniciativa en la apoteosis de Cristo, confiesa que éste desconoció ciertos aspectos de la vida, por ejemplo, el Estado, la libertad, el arte (1). Si es así, ¿cómo se puede llamar religión absoluta, definitiva, á la fundada por el Hijo del Hombre? Su religión es esencialmente moral, si en todo caso puede decirse que fundara una religión un hombre que creía inmediato ya el fin del mundo. Pero su moral es excesiva; luego falsa, según testimonio de aquellos mismos que la exaltan como una imperfección; según otros, es incompleta en todos respectos; por lo tanto, dista mucho de ser la moral absoluta, definitiva. Aceptemos, pues, la conclusión á que llega un libre pensador, que afirma que la moral evangélica ha necesitado ser completada y corregida por el espíritu humano, y lo prueba como vamos á ver. En ciertos respectos, dice, la antigüedad greco-romana superaba á Cristo, pues tenía en alto grado el gusto de lo bello, que faltaba al carpintero de Nazareth. Tenía también el culto del Estado, llevado hasta el exceso. Faltábale, sin duda, como al cristianismo, la libertad; ésta la debemos al individualismo germánico. Todos nuestros sentimientos de dignidad personal y de honor nos vienen de los Bárbaros, superiores en este punto á los ciudadanos de las repúblicas antiguas y á los discípulos de Cristo. El cristianismo de Jesucristo no basta, pues, á la humanidad moderna (2).

Tal es la conclusión de Mill, el filósofo que mejor ha sabido formular las nuevas aspiraciones del hombre en cuanto á la libertad. Hay protestantes avanzados que abundan en ideas de este orden. El ideal humano, dice M. Pécaut, jamás se realiza en la historia de un modo completo; cada individuo, cada época lo concibe á su manera. El cristianismo no ha realizado su ideal, como no realizó el suyo la antigüedad griega ó romana. Hay más: áun en el seno del cristianismo, y á pesar de la autoridad, en apariencia omnipotente, del Hombre-Dios, el ideal ha cambiado. Una es la concepción de la Edad Media, otra la de la Reforma, y distinta de ambas la de nuestros días. Este progreso es necesario, providencial. Nuestras ideas sobre la constitución moral del hombre; la liber-

(1) STRAUSS, *das Leben Jesu, für das deutsche Volk bearbeitet*, p. 626.

(2) MILL, *On Liberty*, p. 89, 90, 92.



tad, la naturaleza del mal, nuestras relaciones con el universo, Dios, finalmente, se modifican y complican sin cesar con nuevas observaciones; por un movimiento irresistible nos hace modificar inconscientemente nuestro ideal religioso y moral. El tipo de perfección que concebía Jesucristo no podría ya ser el nuestro, porque nuestra idea del hombre y del universo se ha hecho más grande. Sin duda, le debemos algunas de nuestras concepciones más altas y eficaces sobre Dios y el hombre y sus relaciones mutuas. Pero no se ha parado en ellas el pensamiento humano, ni aún en el seno de la Iglesia; ha perseguido, por el contrario, su obra, y la continuará hasta el fin de los siglos.

Según esto, no puede decirse que Jesús ha realizado el ideal; ni aún pudo concebirlo, porque su descubrimiento se enlaza a cuestiones que reciben de un siglo a otro soluciones diversas, siempre más completas y profundas cada vez. Luego Jesús no era el único, y su religión no es la absoluta y definitiva. El ideal perfecto no ha de buscarse detrás de nosotros, sino delante; no fuera, sino dentro de nosotros mismos. Decir esto ¿no es afirmar que la religión del porvenir será otra que el cristianismo? Será a la vez diferente e idéntica. M. Pécaut añade que la doctrina de Jesús, en su carácter esencialmente espiritual y moral, subsistirá como religión definitiva del mundo y que Jesús nunca dejará de ser para los hombres el Mediador de la vida divina, no único y absoluto, pero sí eminente entre todos (1). Lo cual no es contradictorio, como pudiera parecer. Pues creeremos siempre que Dios es nuestro Padre, y que debemos amar a los hombres como nos ama el Padre celeste; pero en cuanto a la manera de amar, es decir, en cuanto a nuestros deberes y derechos, las ideas se irán modificando siempre según la ley de progreso que rige a todas las cosas humanas.

Parker también opina así. Decidido partidario del progreso, no cree que sea el cristianismo la última palabra de Dios, que Jesús sea el único y que tras Él no pueda venir un revelador más grande. Nada es imposible a Dios; no tiene término su poder. La Sagrada Escritura, que la ortodoxia quería transformar en columnas de Hércules, no dice en parte alguna que la creación haya agotado el

(1) PÉCAUT, *le Christ et la Conscience*, Introduction, páginas LXIII-LXV, LXXI.

poder del Creador. Dios obra siempre; la creación es permanente. Jesucristo mismo dice a sus discípulos que Dios les enviará su Paráclito, su Espíritu Santo, su Consolador. Puede haber, pues, una nueva revelación dentro de los límites del cristianismo mismo, no para abolir el Evangelio, para completarlo (1). Ya en la actualidad la conciencia general supera en muchas cosas el ideal de Jesús, ya modificándolo, ya completándolo: prueba de que la religión obedece a la ley general del progreso. Vano sería quererla inmovilizar haciendo de Jesús un ser único superior a lo pasado y a lo porvenir. La historia desmiente esta ficción: Jesús ha sufrido el influjo de la imperfección humana. Los más grandes entre aquellos que la humanidad venera como bienhechores suyos son imperfectos e incompletos; Dios sólo es perfecto. Él es quien inspira los progresos que se realizan incesantemente, así en el orden moral como en el intelectual. En este sentido podemos decir, sin faltar al respeto y al reconocimiento, que hay alguien más grande que Cristo, a saber, la humanidad. Damos a Dios lo que quitamos a Jesús (2).

### III.

Aún tenemos reservas que hacer contra el protestantismo en lo que concierne al dogma. Los protestantes avanzados no quieren creencias concretas, profesiones de fe. En una declaración de la conferencia pastoral de Nîmes, dirigida a los fieles de las Iglesias reformadas de Francia, leemos lo siguiente: "Se os dice que la Iglesia y la fe están en peligro; no lo creemos. Mientras algunos no ven salvación sino en el regreso a las confesiones de fe, nosotros estamos convencidos de que para asegurar la paz y prosperidad de nuestras Iglesias, el único medio es sostener los verdaderos principios del protestantismo. ¿Qué principios son estos? "Frente al catolicismo que invoca la autoridad de la tradición de la Iglesia, nosotros, protestantes, fieles al espíritu de la Reforma, proclamamos la autoridad de la palabra de Dios contenida en la Sagrada Escritura, y reivindicamos para cada cristiano el derecho de interpretarla según su conciencia. El fondo del pro-

(1) PARKER, *l. c.*, t. I, p. 201, 204.

(2) PARKER, *Pensamientos sobre el cristianismo* (*l. c.*, t. IV, páginas 141-142).

testantismo es el Evangelio, su forma el libre examen. De este doble principio deriva naturalmente la diversidad de doctrina, diversidad querida de Dios, pues nos ha dado aptitudes y necesidades religiosas diferentes. Buscar la unidad quimérica de los dogmas es querer encerrar el espíritu divino de Dios en definiciones humanas, es ir a dar en la impotencia y en la persecución... Diversidad de doctrinas hubo también entre los cristianos de la Iglesia apostólica. Como ellos variaron, variamos nosotros, porque vivimos; ya es tiempo de aceptar con orgullo esas variaciones que Bossuet señalaba como una causa de ruina. Querer ahogar semejantes divergencias decretando un nuevo formulario fuera interponer una autoridad arbitraria entre la conciencia del cristianismo y el espíritu de Dios, que sin cesar obra en las almas y lleva su soplo adonde quiere.

La conferencia de Nîmes sostiene que tal era el espíritu de Cristo: "Jesús no exigió nunca adhesión a fórmulas dogmáticas como condición para entrar en el reino de Dios. Lo que pide es la humildad, el arrepentimiento, la conversión, la oración, la pureza de corazón, el espíritu de abnegación y sacrificio, el hambre y la sed de la justicia y de la verdad, el perdón de las ofensas, la caridad, el amor de Dios y del prójimo, la sumisión a la voluntad del Padre celeste, la confianza absoluta y gozosa en la Providencia... Animados del espíritu de caridad que distingue a los discípulos de Cristo, buscaremos, ante todo, no lo que separa, sino lo que une. Nos daremos la mano, a pesar de la diferencia de nuestras concepciones teológicas, y esta diversidad será, aún entre nosotros, un elemento de actividad, de progreso y de vida. A nadie queremos excluir; somos dichosos al vivir unidos en la misma Iglesia a todos los que aman a Nuestro Señor Jesucristo con pureza de corazón y aceptan los dos grandes principios del protestantismo: ¡el Evangelio y la libertad!."

La conferencia de Nîmes añade en su declaración todavía que si llegasen a prevalecer principios contrarios a estos, la Iglesia reformada se fraccionaría al infinito, y su existencia misma estaría comprometida. "En fin, dice, comprendamos las señales del tiempo en que vivimos. No reduzcamos la Iglesia protestante a las proporciones de una secta; no rechacemos esas numerosas almas que necesitan el Evangelio y la libertad, y se vuel-

ven con esperanza hacia nosotros. No pretendamos impedir que se cumplan los grandes destinos que Dios prepara al protestantismo en nuestra patria y en el mundo," (1).

Desde el punto de vista del protestantismo, la conferencia de Nîmes tiene razón; la libertad de interpretar la Escritura pertenece a todo cristiano, excluye de toda confesión de fe que ate las conciencias. Los libres pensadores tampoco podrían admitir la imposición a los fieles de determinadas creencias. Se ha hecho en el cristianismo tradicional, lo mismo por protestantes que por católicos; y ¿qué ha resultado? La indiferencia en los unos y la hipocresía en los otros. Nada se aventura al afirmar que las confesiones de fe no son hoy más que una ficción hasta para los ortodoxos. La mayor parte aceptan los dogmas de la Iglesia sin reflexión alguna: ¿puede decirse que creen, cuando apenas saben lo que deben creer? Si reflexionan en las creencias que el cristianismo tradicional ha formulado como artículos de fe, dejan de creer, porque estos dogmas nada dicen a su inteligencia ni a su corazón. Los que continúan profesándolos sólo de labios afuera lo hacen maquinalmente, lo cual conduce a una especie de farsa (2). Es, pues, singular ilusión la de los ortodoxos, que se imaginan que la religión nace del dogma y que cuantos más dogmas hay, hay más religión (3). Si así fuera, los protestantes deberían volver al catolicismo; en la Iglesia romana los dogmas abundan, aún se están fabricando dogmas nuevos. ¿Y abunda la fe por esto en igual medida? La indiferencia es la que reina junta con la incredulidad.

¿Ha de inferirse de lo dicho que la religión del porvenir no tendrá dogma alguno? Sería como decir que no habrá ya Iglesia ni aún siquiera asociación alguna religiosa. Pues ¿por qué se reúnen los fieles? ¿Por qué hay una Iglesia protestante, por qué hay otra católica? ¿En derredor de qué, dice Vinet, se reúnen los hombres sino en torno de una creencia o de una idea común? Una Iglesia que nada creyera sería una cosa absurda y contradic-

(1) *Déclaration des membres de la Conférence pastorale réunis à Nîmes, du 1<sup>er</sup> juin 1864* (*Le Disciple de Jésus-Christ*, 1864, páginas 424-426).

(2) Es la observación que hizo SCHWARZ en el Congreso protestante de Eisenach (*Der erste deutsche Protestantentag*, página 63).

(3) ZOELLICH, *Briefe über Rationalismus und supranaturalismus*, p. 20.



toria (1). Hay más: la religión misma, considerada como sentimiento individual, abstracción hecha de la Iglesia, implica ciertas creencias, ciertos dogmas. ¿Qué es la religión, en efecto? Desde que existe el género humano hay cuestiones que le han preocupado y le preocupan invenciblemente. No es curiosidad, no es sed de saber, es un móvil mucho más poderoso. Va en ellas el destino del hombre; los problemas cuya solución busca con tal avidez encierran el secreto de lo que él es, de lo que será; es actor del drama y quiere saber su suerte. ¿Habrán que recordar preguntas que cada cual se hace? ¿De dónde proceden el mundo y el hombre? ¿Cómo han comenzado? ¿Adónde van? ¿Hay leyes que los gobiernan? ¿Hay un legislador? Bajo el imperio de estas leyes, el hombre se siente y dice libre; ¿lo es en realidad? ¿Es un instrumento fatal, ó un agente responsable? El hombre y el mundo ofrecen un extraño y doloroso espectáculo. El bien y el mal, el orden y el desorden están en ellos íntimamente mezclados y en lucha constante. ¿De dónde vienen esa mezcla y ese combate? ¿Es el bien ó es mal la condición del mundo y la ley del hombre? ¿Por qué el sufrimiento y la muerte?,

Podríamos seguramente multiplicar estas cuestiones. Laten en ellas problemas naturales que en todos los tiempos, en todas las épocas, bajo todas las formas y en todos los grados de civilización se han suscitado y se suscitan siempre en el alma humana. De estos problemas han nacido todas las religiones cuyo objeto es darles una respuesta. Luego sus soluciones son de esencia de la religión. El sentimiento religioso no basta ni la noción tampoco de los deberes que el hombre ha de cumplir. ¿Qué es, en efecto, el sentimiento religioso sino la necesidad misma de una creencia en cuanto á los problemas que son el tormento eterno del hombre? ¿Qué son los deberes que nos ligan á nuestros semejantes sino el reconocimiento de las leyes que nos rigen, leyes que suponen un legislador é implican un destino cuya misteriosa clave buscamos precisamente? Hay, por otra parte, en el instinto religioso una necesidad, que lo es tanto de la inteligencia como del corazón. M. Guizot dice bien en las hermosas frases que siguen: "El alma humana

(1) VINET, *Histoire de la littérature française au dix-huitième siècle*, t. II, p. 225.

no se deja mutilar y reducir á tal ó cual de sus facultades, elegida á capricho para exaltarla sobre toda medida; el hombre no es sólo un sér sensible y poético que aspira á lanzarse con la imaginación y el amor más allá del mundo actual; piensa á la vez que siente; quiere conocer y creer tanto como amar. Esto es lo que busca el hombre en la religión: le pide sólo emociones, le pide luz. Si ésta no le resuelve los problemas que asedian su pensamiento, podrá ser una poesía, pero no es una religión", (1).

En nuestro sentir, M. Guizot tiene razón en este punto contra los protestantes liberales. No es una opinión particular de los ortodoxos, muchos filósofos comparten las mismas ideas. "Una verdadera religión, dice Jouffroy, uno de los pensadores más distinguidos de nuestro tiempo, no es otra cosa que una solución completa de los grandes problemas que interesan á la humanidad, á saber, el destino del hombre, su futuro, sus relaciones con Dios y sus semejantes", (2). Los protestantes liberales mismos reconocen la legitimidad, ¿qué digo? la necesidad del dogma. M. Réville dice que el dogma es un deber: "¡Y qué! exclama, ¡ha fatigado el hombre su espíritu, desde que está sobre la tierra, buscando las leyes secretas que rigen los cielos y la tierra; se ha hecho á sí mismo objeto de su estudio, y á pesar de tentativas sin número, frustradas todas, ha vuelto siempre á la carga para descubrir el arcano de su existencia y destino, y no merecería el cristianismo que la reflexión del cristiano se fijase con amor sobre su hecho objetivo para discernir las verdades eternas en él implícitas!", (3). Los protestantes suizos, los más avanzados en la senda de la libertad, hablan del mismo modo. Dicen que el dogma es una necesidad de la inteligencia, como la fe lo es del alma. Luego se necesitan dogma y fe para que la religión sea completa. Los creyentes dicen con San Agustín: Creó, porque comprendo. Lo cual es cierto en un caso determinado. Pero también se dice verdad al afirmar: quiero comprender para creer. Es necesario, al menos, que la fe sea aceptada por la inteligencia, y para esto ha de satisfacer la sed de verdad que el hombre siente. Los protestantes liberales

(1) GUIZOT, *Méditations sur l'essence de la religion chrétienne*, p. 1-7.

(2) JOUFFROY, *Mélanges philosophiques*, p. 81.

(3) RÉVILLE, *Essais de critique religieuse*, p. 168.

dicen que la fe es la que engendra al dogma. También se puede decir que el dogma reobra sobre la fe. Por mejor decirlo, hay un lazo íntimo, indisoluble, entre estas dos manifestaciones del sentimiento religioso, ya que el alma y la inteligencia no pueden separarse, y forman un solo sér espiritual. En definitiva, la religión, para ser completa, debe dirigirse á la razón no ménos que al sentimiento; debe, pues, traducirse en un dogma (1).

Si los protestantes avanzados comprenden tan vivamente la necesidad del dogma, ¿por qué repugnan tanto formular una confesión de fe? Invocan, cierto, la autoridad de Jesucristo; pero casi nada significa para nosotros, pues ni siquiera está demostrado que Jesús haya querido fundar una religión. Y aún suponiendo que concibiese su papel de Mesías como el de un revelador, una era su misión, otra la de sus sucesores. Apenas si llegó á predicar tres años la *buena nueva*. De haber vivido más tiempo, habría sentido la necesidad de creencias comunes para unir á los sectarios de su Iglesia. Por nuestra parte, creemos que la verdadera razón por la que los protestantes avanzados no quieren profesión de fe es su lucha contra la ortodoxia tradicional. Los ortodoxos dan en el exceso del catolicismo; querían imponer á los fieles y á los pastores, ante todo, si no las confesiones del siglo XVI, al menos ciertos artículos fundamentales tomados de la tradición. Para defenderse contra estas exigencias, los liberales rechazan toda confesión de fe como contraria á la libertad protestante. Es un arma de guerra.

Pero tal arma, si les aprovecha en la batalla que libran al pasado, les perjudica frente á los libres pensadores. Los cristianos liberales reprochan amargamente á los ortodoxos su debilidad é impotencia. ¿Por qué no gana la Iglesia protestante las almas que pierde el catolicismo? Porque ella misma es católica á medias, porque no da satisfacción á la exigencia de libertad que agita al mundo. Diríase que trata de compartir el destino de la Iglesia romana. Léjos de extender sus conquistas, se queda estacionaria; en vez de atraer á sí los libres pensadores, los arroja de su seno (2). El reproche

(1) *Zeitstimmen aus der reformirten Kirche der Schweiz*, 1862, página 10 y siguientes.

(2) *Le Disciple de Jésus-Christ*, revue du protestantisme, 1866, tomo I, p. 277.—SCHENKEL, *Allgemeine kirchliche Zeitschrift*, 1867, p. 16.

es fundado. Pero ¿no pudiera volvérselo contra los liberales? Si los ortodoxos faltan á la misión del protestantismo, ¿por qué los liberales no se ponen á la cabeza del movimiento? Si la Iglesia oficial se hace católica, ¿por qué siguen en ella? ¿Obstinóse Lutero, por ventura, en permanecer en el seno del catolicismo cuando el papa lo excomulgó? Si los protestantes avanzados de nuestro tiempo no quieren á todo trance dejar las filas de la Iglesia que los repudia, ¿no es porque su inspiración no es harto poderosa? Y la gran causa de su impotencia es que no tienen convicciones concretas sobre los problemas para los cuales pide una solución la humanidad. No se forma una Iglesia sin tener una bandera, un símbolo, creencias; para atraer á los hombres, hay que tener algo que decirles. Ahora bien, los protestantes avanzados carecen de bandera, de ideas fijas; no tienen nada que decir á la humanidad; hé aquí por qué se quedan aislados.

No decimos con esto que los liberales protestantes carezcan de toda creencia, sino que no se entienden entre sí sobre lo que creen, y, por desgracia, el desacuerdo versa sobre puntos esenciales. Lo que atormenta más al hombre es su destino: quiere saber de dónde viene y adónde va. ¿Por qué los protestantes avanzados guardan silencio acerca de la vida futura? Si nada tienen que decir sobre este punto, predicarán en el desierto; los que sienten la necesidad de creer preferirán la respuesta, sea cualquiera, que les dé la Iglesia á la duda ó á la negación. Porque hay duda, hay negación en las filas del protestantismo radical. El origen está en el mal que roe las entrañas del protestantismo y de la sociedad moderna á la vez. El panteísmo la invade. Fuerza será que los protestantes liberales se curen de esta enfermedad, si quieren formar una religión y fundar una Iglesia. La solución del cristianismo tradicional no basta ya; pero no será abandonada hasta que la religión del porvenir dé otra que satisfaga á la conciencia, el corazón y la razón. Reflexionen sobre esto los protestantes avanzados: los templos viejos seguirán en pie mientras no haya templos nuevos prestos á recibir la humanidad en su seno; si en éstos se llegase á predicar que el hombre no tiene otro destino que el que se cumple en las pocas horas de su existencia terrestre, pronto quedarían desiertos.